

Anthony McCarten

EL INSTANTE
MÁS OSCURO

Winston Churchill
en mayo de 1940

Traducción castellana de
Juan Rabasseda

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: noviembre de 2017

El instante más oscuro. Winston Churchill en mayo de 1940
Anthony McCarten

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Darkest Hour. How Churchill Brought Us Back from the Brink*

© Anthony McCarten, 2017

© de la traducción, Juan Rabasseda, 2017

© Editorial Planeta S. A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-17067-47-2
Depósito legal: B. 23.616 - 2017
2017. Impreso y encuadernado en España por Liberdúplex

1

Votación en la Cámara

Los debates en la cámara del Parlamento británico eran un clamor de condenas e invectivas. «¡Fuera, fuera!», gritaban en las galerías más altas, donde los aristócratas y los miembros de la Cámara de los Lores intentaban asomarse estirando el cuello para ver mejor. «¡Dimite, hombre, dimite!» Los políticos británicos no habían visto nunca nada parecido. Los miembros de los partidos de la oposición enrollaban sus folletos con el orden del día en forma de puñales y los lanzaban en dirección a la figura derrumbada, ya caduca y, sin que nadie lo supiera, enferma, que estaba sentada delante de la arqueta de su cargo:* el conservador Neville Chamberlain, primer ministro de Gran Bretaña.

Pero por varias razones Chamberlain era reacio a retirarse y a dejar su puesto como jefe del gobierno, entre otras cosas debido a la profunda inseguridad que sentía respecto a la persona que pudiera sucederlo.

* Las *dispatch boxes* son unas arquetas utilizadas por los miembros del gobierno británico para el transporte de los documentos oficiales. Tradicionalmente son de color rojo y llevan el anagrama del monarca. Las arquetas son utilizadas por los ministros del gobierno del Reino Unido para transportar documentos, intercambiarlos o someterlos a la aprobación del monarca. Por eso constituyen una especie de símbolo de su rango y de insignia de su cargo. (*N. del t.*)

Gran Bretaña llevaba ocho meses en guerra y las cosas estaban yéndole mal. Tanto los políticos como el público en general reclamaban no solo un líder, sino también, como exigen todos los grandes momentos, un *gran* líder: un líder capaz de hacer lo que solo pueden hacer los grandes líderes: pronunciar palabras que sepan conmover, incitar, convencer, galvanizar, inspirar e incluso crear en los corazones del pueblo unos niveles de sentimientos que nadie sabía que tuviera. De esas palabras saldrían acciones y, dependiendo de la sabiduría de esas acciones, de ellas saldría o bien el triunfo o bien una sangrienta derrota.

Y había en él tal vez otro elemento más sorprendente que el que cualquier país sometido a una grave crisis habría deseado encontrar en su líder: dudas. La capacidad vital de dudar de su juicio, de poseer una mente capaz de albergar dos ideas contrapuestas al mismo tiempo y de sintetizarlas solo entonces; de tener una mente no hecha de ideas preconcebidas, y por lo tanto capaz de dialogar con todas las opciones. Esa actitud contrastaba con una mentalidad llena de prejuicios que únicamente le permitían mantener un diálogo con una sola persona: él mismo. Gran Bretaña no necesitaba en aquellos momentos ningún ideólogo. Lo que le hacía falta era un pensador completo.

Como escribía Oliver Cromwell en 1650 en una carta dirigida a la Iglesia de Escocia, «os imploro, por los clavos de Cristo, pensad si no será posible que estéis equivocados». En aquellos tiempos de incertidumbre y obligada como estaba la nación británica a hacer frente a unos asuntos tan graves que su futuro dependía de los próximos pasos que diera, la gran pregunta era: ¿Dónde podría encontrarse un líder semejante?

«¡Lleva usted sentado ahí demasiado tiempo para lo poco que ha hecho! Váyase, le digo, y déjenos en paz. ¡Por Dios, váyase!»¹ Leo Amery, diputado por Sparkbrook, Birmingham, volvió a ocupar su escaño en medio de sonoros aplausos en aque-

lla primera sesión del ya legendario debate de Noruega, el martes 7 de mayo de 1940. La Cámara llevaba casi nueve horas reunida. Era una tarde cálida de comienzos del verano y la oscuridad ya había caído. Sus palabras fueron una puñalada en el costado de Chamberlain, compañero suyo en el partido conservador.

Gran Bretaña era un país dividido y el gobierno, en vez de unirse, se hallaba desgarrado por los egos y las pequeñas diferencias que habían contribuido a los catastróficos fracasos militares en el campo de batalla y en alta mar. La perspectiva de que el fascismo triunfara y de que la democracia tocara a su fin en Europa ya no era algo imaginable.

La semilla del famoso debate que estaba teniendo lugar en la Cámara aquella noche se había plantado cinco días antes, cuando se tuvo noticia de que Gran Bretaña estaba evacuando a sus tropas del puerto noruego de Trondheim tras sufrir por primera vez un fuerte ataque de los nazis. Leo Amery y los miembros del Comité de Vigilancia de lord Salisbury, compuesto por diputados conservadores y varios lores con el objeto de pedir cuentas al gobierno, junto con un Grupo de Acción Parlamentaria de Todos los Partidos, que tenía un objetivo similar, pero que estaba presidido por el diputado liberal Clement Davies e incluía a varios miembros del partido laborista, habían acordado forzar la celebración de un debate acerca de las meteduras de pata cometidas durante aquel primer choque con las tropas nazis y, de ese modo, intentar deshacerse de una vez del líder que, a su juicio, estaba fallándoles a ellos y al país.

Chamberlain había empezado a hablar a la Cámara acerca de la «gestión de la guerra» a las 15:48 del 7 de mayo, el primero de los dos días de debate. Sus palabras, su intento de emprender una operación de salvamento, no contribuyeron en nada a reforzar su posición ni a aliviar los temores de que Gran Bretaña fuera directamente camino del naufragio. Antes bien, confirmaron que estaba cansado y a la defensiva, que era un

hombre que no haría más que acelerar la marcha del país hacia la catástrofe. Con aspecto «acongojado y encogido»,² como diría posteriormente un comentarista, siguió adelante, mientras sus enemigos le lanzaban más frases memorables. Conocía muy bien todas esas frases, pues las había acuñado él mismo: «¡Paz para nuestros tiempos!» (la altisonante promesa que había hecho un año antes), «¡Ha perdido el autobús!» (en alusión a lo que, a su juicio, había sido la oportunidad que había perdido Hitler de no causar más estragos en Europa). Ahora explotaban ante sus pies como si fueran granadas de mano.

El escaso apoyo mudo que pudiera recibir Chamberlain durante ese discurso fue calificado de «sintético» por el laborista Arthur Greenwood, pues el estado de ánimo de la Cámara no había sido nunca más penoso: «Su corazón está desazonado. Está angustiada; más que angustiada; está llena de temor».³

Cuando Chamberlain volvió a su asiento, hizo su entrada teatral en la sala un diputado conservador, el almirante sir Roger Keyes, luciendo todas sus insignias militares (algo nunca visto en la Cámara de los Comunes) y obligando a todos los presentes a guardar silencio. Crítico desde hacía tiempo con el primer ministro, Keyes denunció la «espantosa historia de ineptitud» del gobierno.⁴ Sabía de lo que estaba hablando: había sido testigo de primera mano de todas sus meteduras de pata.

La siguiente intervención corrió a cargo de Clement Attlee, líder de la oposición laborista. No era un hombre famoso precisamente por sus sutilezas retóricas, pero era evidente que el tema lo inspiraba, y habló de manera tajante de la «ineptitud» con la que el gobierno estaba tratando la situación:

No es solo Noruega. Noruega no es más que la culminación de muchos otros motivos de descontento. La gente dice que los principales responsables de la gestión de los asuntos son hombres que han tenido una carrera casi ininterrumpida de fracasos. Noruega viene detrás de Checoslovaquia y Polonia. En todas

partes se dice lo mismo: «Demasiado tarde». El primer ministro hablaba de autobuses perdidos. ¿Y qué pasa con todos los autobuses que él y sus socios han perdido desde 1931? Todos ellos perdieron los autobuses de la paz, y tomaron el autobús de la guerra. La gente considera que esos hombres que se han equivocado constantemente en su forma de juzgar los acontecimientos, los mismos que pensaban que Hitler no atacaría Checoslovaquia, los mismos que pensaban que Hitler podría ser apaciguado, parece que no se dieron cuenta de que Hitler iba a atacar Noruega.⁵

Poco antes de la media noche del 7 de mayo, la suerte de Chamberlain quedó echada, pero a muchos les dio la sensación de que el primer ministro no era capaz de reconocerlo. Esa ceguera no era ninguna novedad. El lunes, 6 de mayo de 1940, John «Jock» Colville, su PPS [*principal private secretary*, jefe de gabinete], había escrito en su diario el siguiente comentario: «El PM [primer ministro] está muy deprimido por los ataques de la prensa ... Creo que adolece de una singular vanidad y exceso de autoestima nacidas en Múnich [en referencia a los sucesos de septiembre de 1938, cuando muchos consideraron que Chamberlain había accedido a todas las exigencias de Hitler, pero él había sostenido que había negociado la paz] y que luego se han agravado, a pesar de las múltiples heridas recibidas posteriormente».⁶

Fue así como el 8 de mayo por la mañana, antes de que diera comienzo la segunda jornada de debate, y también la más decisiva, y en vista de la clara renuencia de Chamberlain a abandonar su posición de líder del país, algunos miembros del Comité de Vigilancia y del Grupo de Acción Parlamentaria de Todos los Partidos se reunieron una vez más en el Parlamento. Decidieron forzar una votación de la Cámara en la que se pidiera a

los diputados que votaran lo que, según explicó el diputado laborista Herbert Morrison, «indicaría si estaban *satisfechos* con la gestión de los asuntos o si estaban *inquietos* debido a la gestión de los asuntos»: ⁷ en otras palabras, propinarían a Chamberlain el golpe de gracia que lo dejara KO privándole del número de apoyos que necesitaba para seguir adelante eficazmente como máximo mandatario.

Se hizo correr la voz entre los *whips** de los partidos, que empezaron frenéticamente a concluir acuerdos de apoyo entre los miembros de los distintos bloques de votantes. Colville escribió en su diario que los conservadores de mayor peso «hablaban todos de reconstruir el gobierno y de discutir seriamente planes tales como llegar a un acuerdo (que debía proponer [lord] Halifax a [Herbert] Morrison) en virtud del cual se pidiera al partido laborista en la oposición que entrara en el gobierno a cambio de quitar de en medio a los peces gordos del ejecutivo —Sam Hoare, Kingsley Wood, [sir John] Simon, etc...—, pero solo con la salvedad de que Chamberlain siguiera ostentando el puesto de primer ministro». ⁸

Las espadas estaban en alto y de hecho estaban particularmente afiladas cuando la sesión de la Cámara comenzó a las 14:45 con el fin de reanudar el debate acerca de la gestión de la guerra.

El diputado laborista Herbert Morrison hizo oídos sordos a las peticiones de que no forzara la votación de la Cámara. Los diputados laboristas ya habían tomado una decisión: no partici-

* En la política inglesa (y en la de aquellos países que siguen más o menos de cerca el sistema de Westminster, como Canadá, los Estados Unidos, Malasia, Irlanda, Australia y Nueva Zelanda) el término *whip* designa al miembro de un grupo parlamentario encargado de mantener el contacto entre el líder del partido y su propio grupo, asegurándose, en particular, de que sus miembros estén presentes cuando haya una votación en la cámara y de que voten siguiendo las directivas del partido (la llamada «disciplina de voto»). (*N. del t.*)

parían en un gobierno de concentración nacional presidido por «ese hombre», Chamberlain. Morrison habló apasionadamente durante veinte minutos, instando a la Cámara a que votara en conciencia y a que pensara a fondo si Gran Bretaña podía o no seguir con un estado de cosas como el actual teniendo en cuenta la lamentable dirección de una guerra que hacía solo ocho meses que había comenzado. El mensaje era sencillo y claro: no solo debía marcharse Chamberlain, sino que con él debían irse también todos los que habían apoyado la política de apaciguamiento, la creencia errónea que había dominado la política británica respecto a Alemania durante toda la década de 1930, a saber, el convencimiento de que un dictador, si era bien alimentado, acabaría retirándose, ahíto, a su caverna. También tenían que irse sir Samuel Hoare (ministro del Aire) y sir John Simon (canciller del Exchequer).

La decisión de presentar la dimisión correspondía a Chamberlain. Parecía seguro que, debilitado por los ataques que recibía por uno y otro lado, acabaría cediendo. Pero él seguía resistiéndose, permanecía en su escaño y solo levantaba la vista ocasionalmente para mirar los crueles destellos de infamias y calumnias. Cuando finalmente se puso en pie —como señalan las memorias del diputado laborista Hugh Dalton—, lo hizo lleno de furia: «Dio un salto, mostrando los dientes como una rata acorralada, y exclamó: “Acepto el reto y pido a mis amigos —y creo que todavía tengo alguno en esta Cámara— que apoyen al gobierno esta noche en la votación”».⁹

La incapacidad de Chamberlain, que no supo comprender la magnitud de la situación a la que se enfrentaba el país, no hizo más que agudizar la saña de sus adversarios en la Cámara, y los miembros de un bando y de otro no tardaron en ponerse a patallar, intentando llamar la atención del *speaker* para que les concediera el turno de palabra. Gritos de «¡Fuera!» y «¡Dimisión!» resonaron en toda la Cámara, pero Chamberlain siguió inmovible. Evidentemente era preciso un último ataque de-

moledor y el hombre más adecuado para lanzarlo se puso en pie. Toda la Cámara, enronquecida ya, guardó silencio. David Lloyd George, el otrora primer ministro liberal que también había presidido un gobierno en tiempos de guerra, al principio despacio, pero luego de una forma cada vez más visceral, empezó a fustigar a Chamberlain acusándolo de exponer a Gran Bretaña a ocupar «la peor posición estratégica en la que se ha encontrado nunca este país». El punto culminante llegó cuando hizo un llamamiento directo a la conciencia de Chamberlain: «Dé un ejemplo de sacrificio, porque no hay nada que pueda contribuir a la victoria en esta guerra tanto como el hecho de que sacrifique usted los atributos de su autoridad».¹⁰

Contemplando la escena desde lo alto de la galería y asintiendo con la cabeza se hallaba la esposa del orador, dame Margaret Lloyd George, que más tarde escribiría:

¡Qué contenta estoy de que mi esposo haya tenido algo que ver en echar a Chamberlain! Nunca había visto una *escena* semejante, la Cámara estaba decidida a quitarlo de en medio, y también a sir John Simon y a Sam Hoare ... El clamor que se levantó a continuación fue terrible, así como los gritos de «¡Fuera, fuera!» *Nunca* he visto a un primer ministro retirarse con semejante despedida. En menuda situación nos ha puesto, y el partido *tory* andaba diciendo a todas horas después de lo de Múnich: «¡Nos ha salvado de la guerra!». Pobrecillos. Deberían haber tenido los ojos más abiertos.¹¹

El debate continuó hasta bien entrada la noche. Chamberlain no iba a irse tranquilamente. Faltaban pocas semanas para que reconociera por primera vez en su diario que sintió «fuertes dolores»¹² como consecuencia del cáncer de colon que le acarrearía la muerte pocos meses después. Quizá en el fondo de su corazón supiera que aquel momento iba a ser la última oportunidad que tendría de evitar que lo culparan del hundi-

miento de Europa, de la democracia y del modo de vida inglés. Y quizá hubiera otra razón, más recóndita, de su renuencia a marcharse.

Unos pocos escaños más allá, también en el primer banco, estaba sentado un hombre que, en realidad, era mucho más culpable que él de la campaña de Noruega del mes anterior, que había supuesto la pérdida de 1.800 hombres, un portaaviones, dos cruceros, siete destructores y un submarino.

Como primer lord del Almirantazgo, Winston Spencer Churchill había sido el principal arquitecto de la desastrosa estrategia naval de Inglaterra. Pero como toda la atención estaba centrada en el primer ministro, y además todavía no había llegado su turno de palabra, Churchill permanecía lejos de la línea de fuego, esperando el momento propicio, sin atreverse a poner los dedos en el arma homicida.

Winston no era muy popular. De hecho, en aquellos momentos era una especie de personaje de chiste, un hombre egocéntrico, un «medio americano» que, en palabras del diputado conservador sir Henry «Chips» Channon, defendía una sola cosa: a sí mismo. Difícil de imaginar hoy día, cuando sabemos que en Gran Bretaña hay 3.000 tabernas y hoteles que llevan su nombre, así como más de 1.500 salas y establecimientos, y 25 calles, y cuando podemos ver su rostro reproducido en todo tipo de cosas, desde posavasos hasta felpudos —por no hablar del busto que de vez en cuando aparece decorando el Despacho Oval del presidente de los Estados Unidos—, pero en mayo de 1940 a ojos de la mayor parte de la gente distaba mucho de ser una persona competente.

Tildado todavía por muchos miembros de su partido de chaquetero por «cambiar de bando» —había retirado su lealtad a los conservadores para pasarse a los liberales en 1904, y de nuevo había vuelto al redil conservador en 1924—, Churchill se

había mostrado a pesar de todo sorprendentemente fiel a Chamberlain. Y también se había mostrado fiel a él aquel día, cuando, en medio del discurso de Lloyd George, se había ofrecido a recibir el castigo en lugar del primer ministro: «Asumo la plena responsabilidad de todo lo que ha hecho el Almirantazgo y cargo completamente con mi parte de culpa».¹³

Lloyd George, cuya perorata había interrumpido Churchill, respondió agudamente: «El honorable caballero no debería intentar convertirse en una especie de refugio antiaéreo para impedir que la metralla de las bombas hagan daño a sus colegas».¹⁴

El *mea culpa* entonado por Churchill no fue más que el primer capítulo de una falsa misión de salvamento, destinada calculadamente a fracasar, pero con la que también pretendía ganarse a sus colegas mediante una conmovedora muestra de lealtad, una ocasión de oro, pues, de demostrar hasta qué punto podía tener dotes de primer ministro cuando se lo proponía, y al mismo tiempo una oportunidad excelente de sugerir de forma velada su nombre en la carrera hacia la presidencia del gobierno que estaba a punto de celebrarse.

Cuando por fin llegó su turno de palabra —y hablaría largo y tendido—, los rebeldes prestaron atentamente oídos, llenos de expectación, esperando escuchar frases inmortales de condena, pero de sus labios no salió ninguna palabra inmortal, en realidad no dijo nada que el propio Chamberlain no hubiera podido escribir sobre su lápida. Por el contrario, Churchill pronunció un encomio tan exquisitamente vago que consiguió dar al primer ministro justamente lo que pretendía: demasiado poco y demasiado tarde. La perorata salvadora que Winston habría podido soltar se reservaba a todas luces para otro día, para otro momento. Pues ya tenía discursos fermentando en la bodega, frases que iba ensayando en silencio, y que habrían resultado útiles para un propósito más espectacular en los días que estaban por venir y que no valía la pena malgastar ahora.

Cuando Winston volvió a ocupar su asiento, había conseguido quizá una sola cosa con su discurso: su propia estrella, aunque todavía no brillara en todo su esplendor, había perdido parte de la mácula que la empañaba en un momento crítico en el que las estrellas de todos los demás se habían apagado.

De ese modo, cuando el *speaker* convocó la votación, a casi nadie le cupo la menor duda. Chips Channon recordaría más tarde:

Vimos a los insurgentes pasarse al grupo de la oposición ... «¡Traidores!», les gritamos, «¡Ratas!» «¡Pelotilleros!», respondieron ellos ... «281 frente a 200» ... Se oyeron gritos de «¡Dimisión, dimisión!»..., y el viejo ridículo de Josh Wedgwood empezó a mover los brazos y a cantar *Rule, Britannia*. Harold Macmillan, que estaba sentado a su lado, le siguió el son, pero sus voces fueron acalladas por el griterío. Neville tenía aspecto de sentirse apabullado por aquellas figuras ominosas, y fue el primero en levantarse. Parecía serio, pensativo y triste ... Esta noche no había multitudes que lo vitorearan, como las había habido antes de lo de Múnich ... No era más que un hombrecillo solitario que había hecho todo lo que había podido por Inglaterra.¹⁵

Pese a aquella estrecha victoria, Chamberlain había perdido la confianza de su partido, pues en total 41 diputados conservadores habían votado en contra del gobierno. El más joven de ellos era John Profumo que, a sus veinticinco años, se había escabullido del cuartel en el que estaba destinado para asistir a la votación y que posteriormente sería fustigado por el terrible *whip* en jefe del partido *tory*, David Margesson, en los siguientes términos: «¡Mierdecilla verdaderamente despreciable ... durante el resto de tu vida te avergonzarás de lo que hiciste la otra noche!».¹⁶ Al haberse recortado la mayoría conservadora a solo 81 diputados, el debate no podía continuar. Lo que se necesitaba era una cruzada pública como la que en su fuero interno em-

prendió el jefe de gabinete de Chamberlain, Jock Colville, según el cual, como escribió en su diario, «cuán repugnante» resultaba que «todo el mundo concentre sus energías en una crisis política interna (*à la française*), en vez de pensar en el mañana y en cuál será el próximo paso que dará Hitler». ¹⁷ Había que encontrar un nuevo líder. ¿Pero quién podía serlo? ¿Quién era digno de serlo? ¿Y quién estaba dispuesto a serlo?

Las luchas políticas internas habían enturbiado la situación desesperada en la que se encontraba Inglaterra. El país necesitaba a alguien no solo que uniera al partido conservador, sino que además atrajera a los partidos de la oposición y a las fuerzas armadas, teniendo en cuenta que estas últimas no habían sabido colaborar en aquella primera derrota militar que de manera tan brusca había puesto fin a la llamada «guerra de broma»* de los últimos ocho meses, iniciada con la invasión de Polonia por los alemanes.

Channon anotó en su diario que en aquellos momentos estaban a la orden del día entre los principales políticos «rumores e intrigas, tramas y contra-tramas». ¹⁸ Pero no era Churchill, al que tantos habían defendido y elogiado durante el debate de los días anteriores, el que estaba ganándose el apoyo del partido conservador. Un nombre por encima de todos los demás empezaba a surgir como único sucesor natural de Chamberlain. Pero ese nombre era el de un personaje que ni siquiera tenía derecho a sentarse en la Cámara de los Comunes. Se trataba de lord Halifax, en aquellos momentos secretario del Foreign Office y miembro de la Cámara de los Lores, que había permanecido en silencio contemplando los acontecimientos desde la Galería de los Pares, junto al resto de los lores, los embajadores y los principales dignatarios de los aliados de Gran Bretaña.

* El período de la guerra comprendido entre la campaña de Polonia y el inicio de las operaciones en Francia fue llamado por los franceses *drôle de guerre*, «guerra rara», «guerra de broma», por los ingleses *phoney war*, «guerra de pega», y por los alemanes *Sitzkrieg*, «guerra sentada», en un juego de palabras con el término *Blitzkrieg*, «guerra relámpago». (*N. del t.*)

El mayor obstáculo que tenía Halifax para suceder a Chamberlain se encontraba en la propia constitución. La singularísima naturaleza del sistema parlamentario británico establece que nadie que ocupe un escaño en la Cámara de los Lores pueda además presentar su candidatura a las elecciones de la Cámara de los Comunes ni ejercer como diputado electo. Por consiguiente si lord Halifax hubiera deseado hacer de primer ministro y líder parlamentario, habría encontrado ante sí una barrera constitucional muy grave al no ser ni siquiera diputado.

El biógrafo de Halifax, Andrew Roberts, describe cómo el secretario del Foreign Office y el primer ministro habían discutido brevemente la posibilidad, hasta ese momento impensable, de una eventual presidencia del gobierno de Halifax durante el segundo día de debate, el 8 de mayo de 1940. Chamberlain había «dejado meridianamente claro que, de verse obligado a dimitir, deseaba que Halifax lo sucediera»,¹⁹ pero cuando se reanudó el debate al día siguiente, el martes 9 de mayo, la respuesta de lord Halifax no fue la esperada. Según escribió él mismo en su diario, el primer ministro lo invitó a presentarse a las 10:15 de la mañana en el número de 10 de Downing Street, donde Chamberlain le dijo que «consideraba que no podía dejarse la situación como estaba tras la votación de la Cámara de los Comunes, y que era fundamental restaurar la confianza en el gobierno».²⁰ Una vez más Chamberlain volvió a abordar el tema de su sustitución, a lo que Halifax respondió (como señala su propio diario) que «si por mí fuera, él [Chamberlain] podía seguir al frente del gobierno. Expuse todos los argumentos que se me ocurrieron en contra de mi persona, haciendo especial hincapié en la difícil posición de un primer ministro incapaz de estar en contacto con el centro de gravedad político, situado en la Cámara de los Comunes».²¹

Cabría perdonar a cualquiera que sospechara que todo esto no era más que falsa modestia, sobre todo teniendo en cuenta la

forma en que Halifax demostraría posteriormente con sus acciones lo mucho que deseaba seguir teniendo en sus manos las riendas del poder. En su diario comenta que «la conversación y su evidente cambio de parecer [de Chamberlain] me dejaron con un fuerte dolor de estómago. Le dije una vez más, como le había dicho el día anterior, que si los laboristas decían que solo entrarían en el gobierno si yo estaba al frente de él, les contestara que yo no estaba dispuesto a nada por el estilo».²²

¿Dolor de estómago? El diputado conservador R. A. «Rab» Butler conservaba un recuerdo muy distinto de una conversación mantenida con el astuto Halifax después de su reunión con Chamberlain:

Me dijo [Halifax] que, en su opinión, podía desempeñar perfectamente el cargo. Pensaba además que Churchill necesitaba una influencia moderadora. ¿Y cómo podría él ejercer mejor esa moderación? ¿Como primer ministro o como ministro en un gobierno presidido por Churchill? Aunque Halifax escogiera el primer papel, las cualidades y la experiencia de Churchill harían indudablemente que fuera éste «en cualquier caso el que gestionara la guerra» y que su posición [de Halifax] se convertiría rápidamente en la de un primer ministro honorario.²³

Pese a todas sus protestas, este parece un motivo más creíble de que Halifax rechazara el único papel que define la culminación del éxito en la política británica. Sus reservas venían motivadas fundamentalmente por la posición que ocupaba dentro de la Cámara de los Lores y que le impedía sentarse como primer ministro en la Cámara de los Comunes. ¿Pues en qué posición habría dejado semejante situación a Halifax como primer mandatario de la nación?

Ver cómo le entregaban el título de líder de Gran Bretaña, pero no poder ejercer un poder real, además de sentirse menoscabado constantemente por Churchill, que, como bien sabía,

era mejor estrategia y mejor caudillo de guerra que él, no era desde luego una perspectiva demasiado halagüeña para un hombre de la talla de Halifax, y además con un ego tan grande. ¿Pero cómo pudieron los demás políticos juzgar tan erróneamente sus verdaderas intenciones? Los Loes querían a Halifax, el rey Jorge VI quería a Halifax, incluso los laboristas querían a Halifax. Parecía que todos concedían su apoyo a un hombre que de repente tenía muy poco interés en asumir el cargo, al menos en el marco actual.

Y fue así como, de manera increíble, el nombre de Churchill fue abriéndose paso hasta situarse el primero de la lista.

¡Qué giro tan radical! Lo que era impensable unos días antes se consideraba ahora una opción viable. Pero a nadie le resultaba cómoda esa opción, porque menudo enigma era aquel hombre, menuda amalgama de elementos irreconciliables: teatrero, petulante, fanfarrón, poeta, periodista, historiador, aventurero, melancólico, supuestamente alcohólico, inequívocamente en edad de jubilarse, a sus sesenta y cinco años era un hombre que destacaba ante todo por ser un continuo fracaso, por no haber sabido interpretar una y otra vez lo que tenía ante la vista, por equivocarse con demasiada frecuencia, de mala manera, y justo cuando tenía que encontrar una muy buena solución. Considerado un peligroso belicista por los errores cometidos como primer lord del Almirantazgo durante la Gran Guerra (principalmente por el desastre humano que supuso la campaña de Galípoli contra los otomanos en el Mediterráneo oriental, en la que perdieron la vida 45.000 hombres de los países de la Commonwealth), había pasado casi la totalidad de los últimos diez años en lo que él mismo calificaba de «travesía del desierto» después de un largo catálogo de errores más, entre ellos varios fracasos políticos en Irlanda, la oposición al estatuto de autonomía de la India, y la torpe manera de tratar una huelga de mineros en Gales.

Era perfectamente natural que, después de tantos errores,

el propio Churchill abrigara dudas acerca de *su* idoneidad. De hecho, dada la enormidad de sus errores, habría sido una pretensión extraordinaria —aparte de psicológicamente insostenible— llegar a una conclusión distinta. Sabía que estaba lleno de defectos. Sabía que en ese momento de su carrera era objeto de continuos chistes y que constituía un auténtico chollo para los caricaturistas: algo que sorprendería hoy día a muchas personas, que solo conocen al hombre en el que *se convirtió*. Mientras que su ambición por ocupar el cargo estaba fuera de duda —había deseado el puesto de primer ministro desde que era un niño, con el fin de culminar una saga familiar que se había visto trunca debido a la muerte prematura de su padre, Randolph—, sabía lo mal que había gestionado todas aquellas crisis en el pasado y cuán alto había sido el coste humano de sus equivocaciones. Pero aunque él mismo considerara negativo desconfiar de uno mismo —hablando a menudo del liderazgo como de la aplicación decisiva de una visión bien fundamentada—, no existe ningún motivo que nos obligue a estar de acuerdo con él, pues mientras la desconfianza en uno mismo no sea paralizante, permite dar el peso y la consideración que les corresponde a otros puntos de vista alternativos y por lo tanto puede considerarse un paso fundamental en cualquier proceso justo de toma de decisiones.

Típica expresión de la opinión general que se tenía de Winston en aquellos momentos serían las palabras de sir Edmund Ironside, comandante en jefe del Estado Mayor General Imperial, que reseñó en su diario esa ambivalencia: «Naturalmente el único hombre que puede sucederlo [a Chamberlain] es Winston, pero también es demasiado inestable, si bien posee el talento necesario para poner fin a la guerra».²⁴

Y de ese modo, aunque su ascenso al cargo supremo distaba mucho de ser seguro, es evidente que una ventaja tenía Winston sobre Halifax, a saber, su experiencia de primera mano de lo que era la guerra. Sus credenciales militares —había prestado

servicio tanto en la guerra de los bóeres como en la primera guerra mundial, y había asistido como observador y como periodista a otras contiendas— eran, a pesar de sus meteduras de pata, superiores en todos los sentidos a las del secretario del Foreign Office, que sabía poco de combates o incluso de estrategia militar, y que apenas un mes antes había puesto de manifiesto su ignorancia en materia de asuntos militares: Roberts reseña que cuando preguntaron a Halifax si «habría sido más eficaz un ataque contra Trondheim que uno contra Narvik, se vio obligado a reconocer que no tenía la competencia necesaria para responder a semejante pregunta».²⁵

Otro punto negativo en el currículum de Halifax, que perjudicaba su reputación ante la opinión pública, era su apoyo a la política de apaciguamiento. Incluso cuando Hitler había demostrado que era insaciable, Halifax había insistido en su creencia en la paz; y en una paz casi a cualquier precio.

El campo, pues, estaba extrañamente libre de cualquier otro contendiente viable. Incluso la popularidad de Anthony Eden había quedado en nada. En marzo de 1939, Eden contaba con el 38 % del apoyo del público en una encuesta de opinión sobre a quién le habría gustado a la gente ver como próximo primer ministro, frente al insignificante 7 % de apoyos manifestados a favor de Churchill y Halifax. Tras dimitir como secretario del Foreign Office debido a la política de apaciguamiento seguida por Chamberlain, había entrado de nuevo en el gobierno como secretario de Estado para los Asuntos de los Dominios, pero en la actual coyuntura esa posición de segunda fila lo eliminaba de cualquier potencial pugna por la presidencia.²⁶

De ese modo, mientras Halifax rechazaba de momento el cargo, Churchill adoptaba los aires, el porte y el lenguaje —sobre todo, el lenguaje— de todo un líder.

Con el fin de promover sutilmente su causa sin dar la impresión de que lo hacía, Churchill se reunió con varios de sus

más estrechos aliados el 9 de mayo por la mañana. Eden fue a buscarlo al Almirantazgo, y, mientras se afeitaba, Churchill «repitió ante mí [Eden] los sucesos de la noche anterior. Pensaba que Neville no sería capaz de atraer a los laboristas y que era preciso formar un gobierno de concentración nacional».²⁷

A continuación Churchill se entrevistó con su amigo lord Beaverbrook, el poderoso magnate de la prensa, que intentó sacarle una respuesta clara a la pregunta acerca de la presidencia del gobierno. Una vez más, Churchill no dejó traslucir nada, limitándose a decir: «Serviré a las órdenes de cualquier primer ministro capaz de llevar adelante la guerra».²⁸

Churchill almorzó aquel día con Eden y con el lord del Sello Privado, sir Kingsley Wood. Allí, Wood puso de manifiesto que apoyaba la candidatura del primer lord del Almirantazgo como primer ministro y le instó a «que si se lo preguntaban, debía dejar bien clara su disponibilidad [a suceder a Chamberlain]». Como recordaría en sus memorias, Eden se mostró «sorprendido de ver allí a Kingsley Wood advirtiendo que Chamberlain querría que lo sucediera Halifax y que Churchill diera su visto bueno. Wood le aconsejó: “No le des el visto bueno y no digas nada”. Me extrañó que Wood hablara de esa manera, pues había sido siempre un hombre de Chamberlain, pero era un buen consejo y yo lo apoyé».²⁹

Chamberlain, que ya se había convencido de que debía hacerse a un lado, convocó a Halifax y a Churchill en Downing Street a las 16:30.

Las versiones contradictorias de esta reunión que modificaría el curso de la historia se han convertido en una especie de leyenda. Lo que sabemos con seguridad es que asistieron a ella Neville Chamberlain, lord Halifax, Winston Churchill y el *whip* en jefe del grupo parlamentario conservador, David Margesson. El primer ministro los había reunido a todos para informarlos de su decisión de dimitir y para que acordaran entre todos sobre quién debía recaer la tarea de dirigir el país. La

relación más inmediata de los hechos es la que corresponde al diario de Halifax. Recuerda este que Chamberlain confirmó su decisión de dimitir, pero que no indicó ningún sustituto de su predilección; dijo solo que «estaría encantado de prestar servicio a las órdenes de cualquiera de los dos».³⁰ Como estaba previsto que los líderes del partido laborista —que tenían la sartén por el mango en cualquier conversación que se mantuviera acerca de la formación de un gobierno de unidad nacional— viajaran aquella misma noche a Bournemouth para asistir al congreso de su partido, la aceptación por parte del gobierno de que cualquier nueva administración contara con ellos en posiciones destacadas significaba que la decisión que se adoptara debía ser tomada con rapidez.

La tensión se hizo insoportable para Halifax. Al reseñar que «el dolor de estómago continuaba», da la sensación de que su cuerpo rechazaba físicamente la idea de asumir la presidencia. Pensaba no solo en «las cualidades [de Winston] comparadas con las mías», sino que además daba vueltas en su mente a la cuestión de cuál habría sido exactamente su posición si hubiera tenido que asumir la presidencia del gobierno: «Winston se encargaría de Defensa ... y yo [como par del reino] no tendría acceso a la Cámara de los Comunes. La consecuencia inevitable sería que al quedarme fuera de esos dos puntos de contacto de importancia vital me convertiría rápidamente más o menos en un primer ministro honorario, viviendo en una especie de penumbra lejos de las cosas que realmente importaban».³¹ Esta dolorosa valoración de la situación viene seguida de una opinión bastante cruel acerca de la «apropiada expresión de respeto y humildad [de Winston, quien] dijo que no podía menos que reconocer la contundencia de lo que yo había dicho, y el primer ministro a regañadientes y Winston evidentemente mucho menos a regañadientes, acabaron por aceptar mi opinión».³² Esta versión se ve corroborada por la anotación que hizo ese mismo día en su diario el subsecretario perma-

nente del Foreign Office y mano derecha de Halifax, sir Alexander Cadogan.

La versión de los hechos que da Churchill quizá sea la menos fiable de todas. En su libro de memorias *Cómo se fraguó la tormenta*, sitúa erróneamente la reunión al día siguiente, el 10 de mayo. Con el brío que lo caracterizaba, describe los momentos que siguieron a la espinosa pregunta que le planteó Chamberlain —«¿Winston, puedes ver algún motivo por el que en unos momentos como estos no deba ser primer ministro un par del reino?»—, tras la cual «permanecí en silencio [y] se produjo una larga pausa. Desde luego me pareció más larga que los dos minutos de rigor que se guardan en las conmemoraciones del Día del Armisticio». Lo que Churchill deseaba que registrara la historia es que el silencio que se produjo resultó tan incómodo que indujo a lord Halifax a romperlo y, con los nervios hechos trizas, a hacer una larga intervención acerca de por qué él no debía ocupar el cargo de primer ministro.³³ Según David Margesson, el silencio fue roto casi inmediatamente por Halifax que hizo hincapié en la mayor idoneidad de Churchill para dirigir la guerra.

Con silencio o sin él, habían llegado a un acuerdo. Sir Alexander Cadogan reseñó en su diario que, llegados a ese punto, «el *whip* en jefe [Margesson] y otros piensan que la opinión en la Cámara había ido decantándose por él [Churchill]. Si N. C. [Neville Chamberlain] continúa formando parte del gabinete —y está dispuesto a hacerlo—, su consejo y su buen juicio contribuirían a sujetar a Winston».³⁴ Y de ese modo todos se mostraron dispuestos a dejar que el león saliera de la jaula. A las 18:15, cuando concluyó la entrevista, Chamberlain se reunió con Clement Attlee y Arthur Greenwood, del partido laborista. Los dos confirmaron que estaban dispuestos a entrar en un gobierno de concentración nacional, pero que sospechaban que el partido laborista no estaría de acuerdo en participar en él a las órdenes de Chamberlain, y por lo tanto tendrían que con-

sultar a su ejecutiva cuando llegaran a la conferencia del partido que iba a celebrarse al día siguiente en Bournemouth.

Mientras tanto, Halifax y Churchill se retiraron a tomar el té en el jardín del número 10 de Downing Street. Churchill recordaría en sus memorias que no «hablaron de nada en particular»³⁵ antes de regresar al Almirantazgo para preparar la tarea que tenía por delante. Aquella noche cenó otra vez con Anthony Eden, y le contó el drama de los acontecimientos de la jornada. Churchill dijo que «esperaba que NC [Chamberlain] siguiera, que presidiera la Cámara de los Comunes y que continuara como líder de[1] partido».³⁶ Se contaba con que Chamberlain presentara su dimisión al rey al día siguiente por la tarde y que le aconsejara que mandara llamar a Churchill. Lo más interesante era que Winston no solo se convertiría en primer ministro, sino que además se reservaría el puesto recién creado de ministro de Defensa.

Fuera cual fuese el resultado de esas largas e intensas reuniones del 9 de mayo, una cosa estaba clara: Winston Churchill iba a dirigir la guerra. Y la hora de Churchill no llegaba ni mucho menos demasiado pronto. Justo en esos momentos Hitler estaba colocando sus tanques en las fronteras de Holanda, Bélgica y Francia, dispuesto a poner en marcha una guerra relámpago o *Blitzkrieg* tan terrorífica que las conversaciones en los pasillos del poder no tardarían en tratar de la potencial rendición de la totalidad de Europa ante las brutales hordas nazis.

Churchill recordaría más tarde: «Me dio la sensación de ir caminando de la mano del destino, y de que toda mi vida pasada no había sido más que una preparación para este momento y para esta gran prueba ... Pensé que sabía mucho acerca de todo aquel asunto, y estaba seguro de no fracasar».³⁷ La suerte de toda una nación estaba ahora en sus manos, y lo que hizo con ella fue ni más ni menos que algo extraordinario.